

El protagonista de "Primera muerte", de José Zañartu, es otro niño, objeto de interesante observación y estudio entre algunos escritores. José Zañartu, que carece de antecedentes literarios, nos parece un autor de aguda penetración psicológica.

Estos son, en apretada síntesis, los diecisiete autores incluidos en esta "Antología". Llama la atención la ausencia de Claudio Giaconi, de quien dijera Lafourcade en su "Antología del nuevo cuento chileno" que era "uno de los más extraordinarios cuentistas chilenos" que integraron esa selección.

Es digno de observarse el hecho que de los diecisiete antologados, nueve de ellos tienen apellidos extranjeros: Cassigoli, Edwards, Gertner, Heiremans, Lafourcade, Lihn, Moletto y Müller. Es el valioso aporte de la sangre extranjera a la literatura nacional, fenómeno digno de considerarse por su significación en las letras chilenas.

Se observa, a través de la mayoría de los cuentos de esta "Antología", riqueza de emoción y vida interna, vivencias que afloran a la superficie envueltas en una leve o espesa niebla de misterio. Los escritores de "la generación del 50" se han olvidado premeditadamente del paisaje y el escenario ha sido reducido a la ciudad, a un cuarto o a la introspección personal.

Nos encontramos, pues, ante una valiosa y categórica demostración literaria de algunos jóvenes escritores. No son ellos una promesa: son una realidad. La "generación del 50" existe. No es posible negarla, ignorarla o disminuirla. No olvidemos que son ellos los que tienen una gran responsabilidad: continuar y si es posible superar la magnífica trayectoria de los escritores chilenos en el panorama literario continental.

GONZALO DRAGO.



*Sangre de Murciélagos*, de JUAN GODOY.

Prensa Latinoamericana, 1959

ESTE LIBRO podría compararse con un corte quirúrgico, inquisitivo y algo masoquista, hecho con mano temblorosa —como la de quien abre heridas a su propio cuerpo para encontrar y atacar el tumor que lo agobia—, en uno de los nudos vitales más preñados de significaciones y, a la vez, menos entendidos que es posible hallar en la existencia de numerosos intelectuales y artistas. La enajenación, la alienación que de sí mismo se ve obligado a realizar el ser que, por su ingenio o adiestramiento, cumple funciones creadoras en nuestros países o, por lo menos, funciones expresivas de una sensibilidad es-

pecial, finamente receptiva casi siempre, alcanza a veces una gravedad extrema que sólo merece de los demás desprecio o lástima, pero rara vez la inteligencia de sus raíces y la voluntad de ir a la extirpación de ellas.

No se trata, por cierto, de un fenómeno nuevo ni, mucho menos, exclusivamente chileno. El artista y, en general, todo aquel que hace descansar su devenir en el desarrollo y afinamiento de las dotes intelectuales que posee, para convertirlas necesariamente en instrumento que le permita "ganarse la vida", termina perdiendo ésta o, cuando más, frustrándola a través de los choques que sufre contra un medio hostil, regateador insensible de comprensión y estímulos.

Y ninguna sensibilidad es más susceptible a las heridas provenientes de la atmósfera social sofocante, mercantilista, construida sobre la explotación de los muchos por unos pocos, que la sensibilidad del creador.

Aunque éste no siempre entiende —y hasta rechaza a veces todo esfuerzo por entender— cuáles son los motivos de la incesante mutilación de sí que caracteriza su desenvolvimiento, incuba una decepción profunda que subyace en todas sus actuaciones y que su individualismo frecuentemente hipertrofia, impulsándolo a buscar algún aliviador cauce de evasión. Uno de los más asequibles y cuyos nocivos efectos se advierten sólo a largo plazo, es el proporcionado por la embriaguez alcohólica.

"Sangre de Murciélago" podría fácilmente servir como documento de muchas de las formas que la dipsomanía reviste entre artistas e intelectuales, pues precisamente constituye el relato de las experiencias sufridas por uno de ellos en un Instituto de Reeducación Mental, especie de clínica para toxicómanos.

Dicho relato, inclusive, está elaborado en numerosas páginas mediante solemnes, eruditas y agudas conversaciones de los pacientes en torno a las características del alcoholismo, de tal modo que a ratos uno cree estar leyendo un ensayo, dialogado, acerca de la destructora enfermedad.

Viene luego la narración de los antecedentes que cada uno de los personajes principales ostenta en su trayectoria ética y las consecuencias de todo orden que ésta les ha acarreado.

Ambas circunstancias malean el efecto que persigue el autor, pues la novela no adquiere así fluidez, consistencia, estructuración artística. Hasta es posible pensar que el narrador tiene razón cuando la califica de "sorda, insulsa y a la vez trágica historia".

No obstante, pronto se desprenden de este material preparatorio dos hilos argumentales que vertebran y arman el interés novelesco: la vida de Pedro

Ordóñez, escultor, y la del propio relatista, paidólogo. Son vidas atenaceadas y corroídas por las limitaciones ambientales y, sobre todo, selladas por la ya incurable propensión alcohólica. Ellas resultan, en cierto modo, el desarrollo vivencial de la teorización con que comienza el libro.

De esta manera, el relato gana hondura, síntesis, y se hace emocionalmente desgarrador por la franqueza con que el novelista vierte esas biografías preñadas de sucesos infelices, de frustraciones y, en especial, dominadas por la certeza de que cuanta apetencia normal subsiste aun en ellas, sigue ensombrecida por el probable recrudecimiento de la inclinación a la bebida.

La parte que hemos señalado como propiamente novelesca —la más extensa del libro— está construida sobre el contraste entre las aspiraciones naturales de ternura, amor y éxito, anidadas en estos dos hombres, y el derrumbe que esas aspiraciones van experimentando con el progreso del mal. Es decir, no se produce aquí la persistente monotonía negativista que desvitaliza otras novelas recientes. Alimentada de experiencias reales, ofrece también la luminosidad de las evocaciones infantiles, una tierna historia de primer amor, instantes de suprema felicidad pasional, denodada lucha contra el embrutecimiento alcohólico, etc.

Por cierto, "Sangre de Murciélagos" es, en fin de cuentas, un libro sombrío, amargo, espeluznante a ratos, perturbador y doloroso. Sin embargo, no es falso. Si se prescinde de algunas claras caídas en la descripción naturalista o del culturalismo algo adventicio que campea en los capítulos iniciales, no hay duda de que se trata de una novela extraída de una realidad parcial, frecuentemente sicopática, monstruosa en alguna escena e impregnada de pesimismo, pero intensamente veraz y hasta llena de vibraciones personales.

YERKO MORETIC.



*El Sueño de Amadeo*, de CLAUDIO GIACONI.

Editorial Universitaria, 1959

"¿Qué conocen ustedes de este hombre? Sólo ven a un ser que disimula, que se presenta en caricatura y que parece fuerte..." (*Amadeo*).

UN ADOLESCENTE hipersensible advierte agudamente el impalpable tránsito de la infancia a la madurez, cuando la repetida imagen onírica de unos lejanos tíos termina por aparecérselo como la representación de la decrepitud senil.